

HISTORIA MÍNIMA DE
LOS MUNDOS IBÉRICOS
(SIGLOS XV-XIX)

José Javier Ruiz Ibáñez
y
Óscar Mazín Gómez



EL COLEGIO DE MÉXICO

SUMARIO

Preámbulo
9

Introducción
11

I. HISTORIA [31]

- | | |
|---|-----|
| 1. Una arqueología de los espacios ibéricos | 33 |
| 2. El origen (1480-1565) | 57 |
| 3. El cénit (1565-1640) | 84 |
| 4. Crisis y preservación (1640-1700) | 109 |
| 5. Preservación y reformas (1700-1763) | 126 |
| 6. Despotismo ilustrado y subversión de la legitimidad
(1763-1808) | 151 |
| 7. Epílogo | 181 |

II. INTERPRETAR LOS MUNDOS IBÉRICOS [205]

- | | |
|--|-----|
| 1. Una geografía inesperada y variable | 207 |
|--|-----|

2. Una sociedad de corporaciones	213
3. Una sociedad de individuos	223
4. La propiedad y la caridad	229
5. Jurisdicción e instituciones	234
6. Poder y autoridad	246
7. La guerra	254
8. La espiritualidad	263
9. Cultura y ciencia	270

Una bibliografía

279

PREÁMBULO

Desde la primera hora de la Casa de España y de El Colegio de México hubo diálogo entre profesores mexicanos y españoles. Al cabo de ochenta años, esta Historia Mínima corrobora ese rasgo de origen. Hace ya cerca de dos décadas, José Javier Ruiz Ibáñez, docente e investigador de la Universidad de Murcia, ha compartido su trabajo y alentado con entusiasmo el de varios colegas y estudiantes de esta y otras casas de estudios de México. El principal propósito de nuestro diálogo ha consistido en acercarnos a las complejas y poliédricas monarquías que precedieron los Estados-nación, aunque en sus propios términos. Lo que implica prescindir de la yuxtaposición o mera adición de las historias nacionales, para discernir los vínculos interoceánicos que conectaron esas entidades durante siglos, conforme a la renovación del quehacer historiográfico de los últimos treinta años.

De ese diálogo sostenido sobresale la propuesta de largo aliento que el profesor Ruiz Ibáñez hiciera en 2004 en compañía de otros colegas; a saber, constituir una red internacional de estudios sobre las monarquías ibéricas bajo el nombre de “Columnaria”. Desde entonces, ésta ha convocado a numerosas “jornadas” o reuniones de estudio tanto en América (dos en México ya, en esta casa) como en Europa. Mediante ellas y más de un centenar de publicaciones, los equipos de esa red han apostado, efectivamente, por una historia posnacional orientada a la restitución y valoración de los mundos objeto de este libro.

En fecha más reciente, José Javier, a quien cariñosamente llamamos JJ, me invitó a acompañarlo en la preparación de un relato

de síntesis de esos mundos ibéricos. Son muy contados quienes hoy tienen, como él, la capacidad de acometer semejante empresa a 360 grados. La motivación primera de su entusiasmo, arrebatadamente quijotesco, son los rastros o vestigios que han quedado por todo el planeta de aquel pasado multiseccular. En efecto, la fascinación por ese patrimonio, que por cierto dio lugar hace algunos años a un proyecto interinstitucional denominado "Vestigios" y provisto de su propia línea editorial en varios volúmenes, ha contribuido a forjar la tesis central de estas páginas: a lo largo de varios siglos, los rasgos característicos de los reinos, provincias y señoríos ibéricos forjaron una cultura común, no obstante la variedad y especificidad de los desarrollos locales. ¿Cómo no iba yo a aceptar una invitación así, hecha desde la amistad? He tenido, pues, el honor de ser escudero y primer interlocutor de José Javier en esta nueva empresa. Nuestros intercambios sobre la organización, secuencia y contenidos del volumen, así como los muchos años de experiencias compartidas, alientan, pues, esta síntesis. Rindo homenaje y expreso mi gratitud al profesor Ruiz Ibáñez.

ÓSCAR MAZÍN
El Colegio de México

INTRODUCCIÓN*

El 2 de junio de 1899 un pequeño destacamento español firmaba una capitulación con las fuerzas tagalas que lo venían asediando desde hacía once meses en la población filipina de Baler. Además de que los generosos y valientes vencedores rindieron armas a los famélicos y desarraigados españoles, su presidente, Emilio Aguinaldo (1869-1964), emitió un decreto por el que ordenaba que no se les considerara prisioneros sino amigos, y calificaba su resistencia de “epopeya tan gloriosa y tan propia del legendario valor de los hijos del Cid y de Pelayo”. La situación había sido bastante especial, dado que los soldados españoles estaban combatiendo por sostener un puesto que hacía meses había dejado de ser reclamado por su país. En diciembre de 1898 Estados Unidos había impuesto al reino de España el tratado por el que se cedían Guam, Puerto Rico y Filipinas al poder norteamericano y se reconocía la independencia a una República de Cuba que habría de ser poco más que un protectorado estadounidense. Los empecinados españoles de Baler no recibieron la noticia y, cuando les fue comunicada, ya fuera por los tagalos o por algún oficial del ejército colonial enviado a rendir la plaza, rechazaron la información aduciendo que no eran sino patrañas para inducirles a no cumplir con su deber. Era una disciplina durísima, pues se ejecutaría a los desertores. Un liderazgo eficaz permitió que la situación, que tenía mucho de absurdo, se

* Desarrollado en el marco de Red Columnaria y del proyecto de investigación “Hispanofilia IV: Los mundos ibéricos frente a las oportunidades de proyección exterior y a sus dinámicas interiores” (HAR2017-82791-C2-1-P), Ministerio de Ciencia e Innovación/FEDER-Agencia Estatal de Investigación/FEDER, Reino de España.

prolongara de forma desesperante. Los soldados procedían de toda la geografía española y estaban comandados por el capitán andaluz Enrique de las Morenas y por los tenientes Juan Alfonso Zayas y Saturnino Martín Cerezo, puertorriqueño-catalán y extremeño, respectivamente. Confinados en los cuatro muros de la iglesia, los españoles y los clérigos que los acompañaban vieron pasar enfermedades, meses y desesperación, mientras que sus rivales no acababan de comprender la resolución de los asediados. Martín Cerezo, el único oficial superviviente junto al teniente médico Vigil de Quiñones, sólo capituló cuando, por casualidad, comprendió que el periódico que le habían suministrado decía verdad, que luchaba en una guerra fantasmagórica.

En España se conocería a ese grupo de desesperados en un rincón alejado del mundo como “los últimos de Filipinas”. Si bien no fueron premiados como merecían, sí se convirtieron rápidamente en un referente compensatorio frente al desastre sufrido ante Estados Unidos. Para principios del siglo xx las teorías sobre el darwinismo geopolítico estaban en plena expansión. Su argumentación se sostenía sobre la narrativa de la confrontación de naciones jóvenes frente a países agonizantes y sobre la valoración ética constituida a partir de la definición racial de sociedades y personas; algo que, por cierto, iba a tener gran éxito en las décadas siguientes en el mundo germánico y el anglosajón. Frente a tales afirmaciones que los reducían a una posición históricamente moribunda, los españoles podían argumentar ahora que la gloria gratuita de valer en Baler mostraba que su país aún conservaba energías y que su *genio*, aunque difuso, estaba presente. El sacrificio y la disciplina agónica de sus soldados regalaron a una sociedad vencida una esperanza y un orgullo que parecían haberla abandonado. Esta perspectiva nacionalista olvidaba que los “héroes de Baler” no habían sido sólo los que lucharon por el rey-niño Alfonso XIII, sino también sus rivales, convertidos en amigos por decreto del presidente Aguinaldo. Los filipinos que sufrieron y murieron por su país pudieron sentirse, con razón, protagonistas de una guerra en la que a

ambos lados de la trinchera combatían soldados que compartían mucho más que un pasado común sobre el que se forjaban nuevos presentes.

No pocos independentistas filipinos recordarían con nostalgia esa guerra en la que vencieron a los “castilla” cuando, después, les tocó sufrir la dominación colonial estadounidense que sucedió a la de los españoles. Ciertamente el sitio de Baler no fue el último episodio del colonialismo ibérico; faltaban muchos momentos amargos que jalonarían de muerte, explotación o heroísmo las tierras africanas. Pero la salida de los españoles de la pequeña iglesia de Baler, ante las tropas filipinas que se honraban honrándolos, tiene algo de desmesurado, trágico, absurdo, fantástico, glorioso y muy humano que remite a lo que fueron, a lo que son, los mundos ibéricos.

Esta anécdota, por lo demás muy conocida, fue una entre tantas de un amplio entramado histórico que no se puede comprender en su singularidad e individualidad sin entender el conjunto. Si Filipinas y España parecían mutuamente remotas, ambas aparecían como periferias lejanas pero necesarias al mundo americano y aún más, dentro de él, a la historia de México-Nueva España. Si cultural, social y económicamente la influencia europea había llegado al archipiélago asiático a través de la ruta de Acapulco, fue su mismo tornaviaje el que permitió, mediante los textiles, la seda y la porcelana asiática, que cambiaran los hábitos de consumo en el Viejo Continente durante al menos tres siglos. Por supuesto, las ciudades mexicanas y peruanas no habían ni sido ni indiferentes ni pasivas a este fenómeno. Filipinas, tan cerca y tan lejos, se convirtió muy pronto en un espacio de oportunidad comercial y profesional, en un paso donde ir a ganar almas o dineros y donde encontrar productos y colores exóticos que eran adoptados tanto por la élite como por el común de unas castas cuya procedencia era esencialmente autóctona, pero en las que se había abierto un espacio creciente para inmigrantes europeos y para los africanos que llegaban esclavizados a las Indias. Filipinas y España, vistas desde América, eran la antesala y el zaguán para acceder a mundos mucho más

amplios, pues tras ellas estaban al poniente Japón, China e India, y al levante, Francia, Alemania, el Mediterráneo, el mundo musulmán y, la urbe en el orbe, Roma la Grande.

Cada uno de los territorios que formaron esos mundos ibéricos tuvo su historia, pero los procesos que la compusieron y las personas que la protagonizaron correspondieron a un medio que era y se pensaba compartido, incluso cuando dejó de estar articulado por vínculos políticos. Esos pasados, singulares como realidades, sólo pueden tener sentido desde esos contextos generales que localmente se interpretaban, se declinaban y se vivían. No se trata, por supuesto, de una historia de centros y periferias en que las potencias coloniales ejercieron una dominación que impregnó a unos territorios subyugados y sin historia que al final lograron, obedeciendo a las leyes históricas y expresando el espíritu de sus pueblos, emanciparse de tal servidumbre y encarnar libremente su destino histórico. Esa percepción es propia del nacionalismo decimonónico y choca con la visión que aquí se va a proponer. De igual forma, tampoco será ésta una historia de las cortes portuguesa y española y de sus reflejos en unos dominios lejanos y exóticos que carecen de historia. Por el contrario, el tipo de lectura que este volumen plantea se basa en el principio de que la historia, sea con mayúsculas o minúsculas, la hicieron las personas, todas las personas, las que se asumen como ordinarias y las que piensan que son extraordinarias; no los grupos sociales, étnicos, sexuales o culturales entendidos como máquinas que determinan la vida de la gente, sino las personas, por muy condicionadas que estén.

Los territorios que conformaron esos mundos ibéricos no eran la suma de unidades estáticas o radicalmente subjetivas. Fueron recorridos y estuvieron impregnados de informaciones, ideas, creencias, idiomas y órdenes que circularon con las personas o con los bienes y productos que se intercambiaban. Ciertamente dichos tráficos tendían a ser organizados por las necesidades políticas y fiscales, por las estrategias defensivas, por las oportunidades comerciales o por las representaciones culturales y religiosas del mundo. Esas